

Luis María Grignión de Montfort

UN «LOCO» DEL EVANGELIO

¡Ese «loco» de Montfort!

Luis María Grignión de Montfort y Juan Bautista Blain se profesaron una fiel amistad. Estudiaron juntos en Rennes y luego en París. El canónigo Blain escribió una vida del Padre de Montfort. Interpretamos en términos de hoy su último encuentro en 1714:

Blain: *Amigo, espero que hayas descansado un poco. Anoche, cuando llegaste, tenías muy mal aspecto.*

Montfort: Ciertamente, recorrí el camino a pie y no me detuve ni a comer.

Blain: *¡Ese es tu carácter! ¡Exageras en todo: trabajos y penitencias ... ! Se te nota en la cara. Apenas si logro reconocerte.*

Montfort: Pues, sí. Me siento cansado. Ya es hora de pensar en el relevo. ¿Quién va a continuar la labor de educación del pueblo cristiano que he comenzado?

Blain: *Dicen que eres demasiado exigente con tus colaboradores. A mí me costaría seguirte. ¿Quién puede vivir tan pobre, austera y despreocupadamente por el pan de cada día como tú?*

Montfort: No hago más que seguir el evangelio. ¿Acaso Jesucristo y los apóstoles no vivían enteramente abandonados a la Providencia?

Blain: *Cuentan de ti tantas extravagancias: que interrumpiste a los cantantes del Pont-Neuf, que obligaste a un oficial a arrodillarse en plena calle, que honras más a los pobres que a sus bienhechores ... ¿Qué pensar de todo esto?*

Montfort: Si me hago notar, es a pesar mío. No busco eso. A menudo me han llamado loco ... Pero, no importa. Al contrario, me alegro de que me insulten, como a Jesucristo, mi Maestro ...

Blain: *¿Es cierto que utilizas métodos llamativos a riesgo de escandalizar a la gente sensata?*

Montfort: Si la sabiduría consistiera en no emprender nada nuevo por Dios y en no dar lugar a habladurías, ¡los apóstoles no habrían salido nunca de Jerusalén!

Blain: *Tu anticonjormismo te va a irar muchos disgustos.*

Montfort: ¡No tantos como a Nuestro Señor Jesucristo!

Blain: *Según parece, tus iniciativas han cansado también a los obispos.*

Montfort: Sin embargo, siempre he procurado cumplir perfectamente la misión que ellos me encomendaban. Pero, a veces, en el trabajo apostólico, hay que actuar de prisa. Lo que les contaban de mí ha debido irritarlos.

Blain: *¿Cuántas veces has cambiado de diócesis?*

Noticias del mundo en

los años 1700

AUSTRIA. ¿Será tan suntuoso como el de Versalles el palacio de Schoenbrunn? ¡Ojalá quiten pronto el andamio para que podamos verlo!

ALEMANIA. Según parece, las cantatas de un tal Juan Sebastián Bach, organista de Weimar, son admirables obras maestras.

HOLANDA. Vaya en otoño a admirar esa clase de margaritas de tonos diferentes, recién importadas del Japón: las llaman crisantemos.

RUSIA. Entre dos guerras, el zar Pedro el Grande va a admirar «su» ciudad. Es en verdad muy hermosa. Se llama San Petesburgo y se levanta poco a poco sobre los pantanos desecados del Neva.

PERSIA. ¿Puede existir civilización más refinada que la de Ispahán, la capital? Los viajeros regresan deslustrados de allá.

PARAGUAY. ¿Sabes? Los jesuitas han establecido entre los indígenas Guaraníes unas especies de repúblicas independientes, que funcionan muy bien. Son los únicos lugares de América donde se respeta a los indígenas.

OCEANO INDICO. Si te gusta la aventura, se necesitan obreros en las plantaciones de la Isla de Francia (Mauricio) y Borbón (La Reunión): la industria azucarera ofrece un excelente porvenir.

CHAMPAÑA. ¿Conoces el nuevo vino que empieza a alcanzar tanto éxito en los salones selectos? Un monje -Don Perignón- descubrió el secreto.

Montfort: No llevo la cuenta. Pero no me quejo: cada uno de esos fracasos me ha acercado más a Dios. Ahora me hallo en la diócesis de La Rochelle: me encuentro a gusto y mis colegas me aceptan. Es quizá señal de que he cambiado.

Blain: *Las múltiples misiones que has predicado te han permitido tratar a gentes de diferentes clases.*

Montfort: Cuando las veía cantar con toda su alma en las procesiones o cargar piedra para construir un calvario, me sentía bien pagado por todos mis trabajos. Su amistad habrá suavizado mis modales.

Blain: *¡ Vaya cambio! ¿Recuerdas cuando eras joven? Te atraía la soledad. Me sorprende tu vida tan activa. Y te digo con toda sencillez: ¡Te admiro!*

Montfort: ¡Admira más bien la obra de la divina Sabiduría! Yo vivía encerrado dentro de mí mismo. Dios solo, por medio de su Madre, ha infundido en mí esa pasión por darlo a conocer.

¿Cómo anda mi reino?

Hasta en medio del fasto de la corte, el rey Luis XIV de Francia debió plantearse alguna vez esta pregunta: «¿Cómo anda mi reino?». Sus íntimos colaboradores hubieran podido contestarle en esta forma:

Turenne (en 1673). Majestad, su reino anda muy bien. Incluso ha ensanchado sus fronteras hacia el norte. Frente al éxito de nuestras tropas, España ha moderado sus ambiciones. Inglaterra ha abrazado nuestra causa. Sólo nos resisten aún los Países Bajos. Pero, ¡acabaremos con ellos!



Louis XIV

Las grandes etapas

Colbert (en 1680). Todo iría bien, Sire, si no le gustaran tanto el lujo y la guerra. Llevo casi veinte años sirviendo a su Majestad. He presenciado el desarrollo de muchas empresas florecientes: talleres de artesanos, manufacturas, compañías comerciales ... Se ha reorganizado y centralizado la administración. Los impuestos se hallan mejor repartidos. A pesar de tantos esfuerzos, Francia se empobrece y la población disminuye. Es que, además de las calamidades causadas por la escasez y las epidemias, Usted, Sire, vacía la caja de caudales antes de que yo haya podido llenada.

Louvois (en 1685). Desde que su Majestad reside en Versalles, los resplandores del Reino brillan con todas sus luces y deslumbran hasta a las capitales extranjeras. ¿Cómo podría un rey tan glorioso tolerar la oposición? Apruebo plenamente, Sire, la revocación del Edicto de Nantes. La religión del rey ha de ser la de todos sus súbditos. Obligaremos a los protestantes a convertirse y aplastaremos cualquier sublevación suya. En cuanto a los alemanes del Palatinado, ¡pagarán cara su resistencia a la voluntad del Rey!

Madame de Maintenón (en 1700). ¡Lejos de mí la pretensión de intervenir en los asuntos del Reino o de dar una lección al Rey! Pero, la verdadera grandeza se halla en la virtud y no en el fulgor de las armas. Un día, su Majestad tendrá que rendir cuentas al Rey de los Reyes. ¡Piénselo bien!

Fenelón (en 1700). Desde hace unos treinta años, sólo se habla del Rey y de sus caprichos. Le han acostumbrado a recibir alabanzas tan excesivas que rayan en la idolatría. Mientras tanto, sus pueblos se mueren de hambre. La agricultura está casi abandonada. Las ciudades y el campo se despueblan. Todos los oficios marchan mal. Francia entera parece un gran hospital desolado ... Y hasta el pueblo, que tanto le amó, empieza a perderle confianza y respeto. Sus victorias ya no importan. La sedición gana terreno ... (1).

1673	Nace Luis Grignión en Montfort-La-Pata (hoy Montfort-sur-Meu en Ille-et-Vilaine). Francia.	
1684	Entra al colegio de los Jesuitas en Rennes.	Revocación del edicto de Nantes.
1692	Llega a Paris.	Guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697).
1697	En el seminario de San Sulpicio.	
1700	Luis Grignión recibe la ordenación sacerdotal. Empieza su ministerio en Nantes.	
1700	Encuentra a la señora de Montespán/ quien le recomienda al Obispo de Poitiers. En Poitiers.	Guerra de sucesión de España (1701-1713)
1703	M. L. Trichet toma el hábito de la Sabiduría, en Poitiers. Montfort rechazado de Poitiers y luego de Paris.	
1704	Vuelve a Poitiers.	
1706	Peregrinación a Roma y vuelta a Bretaña.	
1708	Misionero en la región de Nantes.	
1711	Misionero en la diócesis de La Rochelle.	
1715	M. L. Trichet y C. Brunet llegan a La Rochelle.	Muerte de Luis XIV, rey de Francia
1716	El Padre de Montfort muere en San Lorenzo del Sévre.	
1888	Beatificación.	
1947	Canonización.	

(1) Extracto de un mensaje auténtico, sin firmar, dirigido al Duque de Chevreuse.

¡Pobre pueblo!

En el siglo de Luis XIV. la riqueza está muy mal repartida. Los grandes terratenientes -nobles y clérigos- se reparten la mayor parte del pastel, junto con los altos funcionarios reales (intendentes, altos cargos), los Imagistrados y los negociantes.

La mayoría de los franceses (17 millones sobre 19, hacia 1700) vive en una pobreza difícil de imaginar hoy día. Es una masa pobre constituida por una mayoría de campesinos y una minoría de obreros.

La miseria de los campesinos radica esencialmente en la injusta repartición de los impuestos, casi inmodificada desde el régimen feudal. Los campesinos tienen que pagar el diezmo al señor del lugar, la talla al poder real, la gabela -impuesto sobre la sal- y otros impuestos indirectos. A partir de 1695, se añade la capitación -impuesto proporcional a la fortuna, y, por lo mismo, más justo- Pero, como se añade a los demás, se hace rápidamente insoportable para los más pobres. Además, uno tenía que agradecer a Dios si los cobradores no se proponían demasiado ...

Obligados a entregar a otros la mayor parte del fruto de su trabajo, los campesinos vivían al día. Además, los sistemas agrícolas eran rudimentarios y el rendimiento de las tierras muy bajo.

En tales condiciones, una sequía o una inundación provocaban el hambre en toda una región y hasta en el país entero. Los años

1692-1693 y 1709-1710 fueron catastróficos en este sentido. La gente mal alimentada no pudo resistir a las epidemias. Hasta el punto que la población francesa descendió, en 1715, de 19 a 18 millones -y tal vez a 17.

En las ciudades, otra causa de miseria era la emigración de los protestantes, sobre todo después de la revocación del Edicto de Nantes, en 1685. Muchos de ellos poseían fábricas e industrias diversas. Su salida provocó un declive en la actividad económica. Uno de los resultados fue el desempleo ...

Esta situación explica el número considerable de mendigos que llegaban a las ciudades. Vaubán calcula en dos millones (el 11 por 100 de la población) a los que «el hambre y la desnudez echaban de casa». Se comprende así la importancia de los «hospitales generales», que se utilizaban más para albergar a los indigentes que para curar a los enfermos.

A estos pobres se dirigió Grignón de Montfort. Eran sus predilectos. Sabía hablarles, convencerles, animarles. Ellos, al verlo vivir con ellos y como ellos, le pagaban con creces su cariño.

U~ militar con espíritu social

Vaubán (1633-1707)

Sebastián Preste de Vaubán se destacó por su inteligencia. Hijo de la pequeña nobleza, llegó a ser ingeniero real a los veintidós años. Durante cerca de cincuenta años va a recorrer toda Francia, de Estrasburgo a Hendaya, de Cherburgo a Tolón. Sus técnicas militares muestran una temible eficacia en el asedio de una ciudad. Luis XIV le debe muchas de sus victorias. Además, va a construir en todo el país, especialmente en las costas y las fronteras, fortificaciones originales y seguras que defenderán a Francia contra los invasores.

Al mismo tiempo -y esto es lo que lo torna simpático-, Vaubán se preocupa

por la justicia y la humanidad. En todas partes observa la vida de la gente y especialmente la de los más «pequeños».

¿Cuáles son las condiciones de vida de los soldados en las ciudades? Es una cuestión que le preocupa. Trazará planes para asegurar una vida sana en las plazas fuertes. En 1677, durante el asedio de Cambrai, se opone a la táctica del rey, para salvaguardar la vida de los soldados. En 1685, protesta con vehemencia contra la revocación del Edicto de Nantes.

Cuando se jubila, en 1703, Vaubán ha alcanzado la cúspide de los honores: es miembro de la Academia de Ciencias y

mariscal de Francia. Redacta entonces su «Proyecto de Diezmo Real», donde propone una reforma fiscal completa y audaz en el sentido de la justicia. El libro es confiscado inmediatamente. Poco después, 'Vaubán muere' en desgracia.

A propósito de los campesinos escribía -entre otras cosas-: «Ocurre que en el pan se encuentra paja de avena. En general, el pueblo no come carne ni siquiera tres veces al año. Las tres cuartas partes de las gentes visten, tanto en verano como en invierno, ropa medio podrida y desgarrada. Calzan zuecos dentro de los cuales llevan los pies desnudos todo el año».



Gravure de Watteau, 1684-1721.

Reformar la Iglesia

Cuando el monje alemán, Martín Lutero, intentó la reforma de la Iglesia, se hacía necesaria en ésta una seria obra de limpieza. Pero el movimiento cobró una amplitud insospechada. Se entremezclaron intereses políticos. La Iglesia se desgarró. Los cristianos se mataron unos a otros.

Ya antes de Lutero, otros cristianos habían intentado una reforma, empezando por renovarse a sí mismos. Tales fueron: San Francisco de Asís, Catalina de Sena ... Por desgracia, sus esfuerzos fueron insuficientes.

El conflicto protestante del siglo XVI provocó un despertar entre los católicos. Despertar doloroso, pero benéfico.

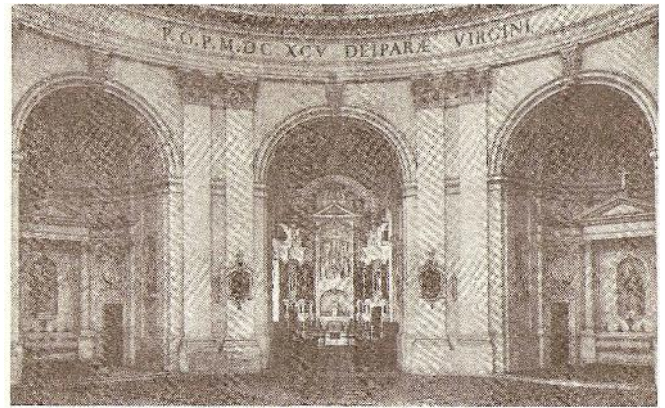
El Concilio de Trento marcó el comienzo de la Reforma católica. Grandes obispos -como Carlos Borromeo, en Milán; Francisco de Sales, en Annecy- tomaron la iniciativa. Muchos hermanos en el obispado los siguieron. Al mismo tiempo, grandes espirituales renovaban el fervor: Teresa de Avila, Felipe Neri; luego, Pedro de Berulle, Vicente de Paúl y los llamados

espirituales de la Escuela francesa. Los cristianos volvían a encontrar el sentido de la grandeza de Dios y el lugar central de Cristo en la fe. La Virgen María quedaba estrechamente asociada a su Hijo.

A lo largo del siglo XVII, la renovación espiritual va a penetrar

en el pueblo cristiano. Los responsables concentran sus esfuerzos en la formación del clero (creación de los seminarios), en la enseñanza religiosa y en la liturgia. Las misiones parroquiales, en particular, consiguen renovar la fe, tanto de los sacerdotes como de los laicos. En la diócesis de la Rochelle, los sacerdotes -después del año 1666- poseen todos la Biblia y algunos escritos de los Padres de la Iglesia, mientras que sus predecesores ignoraban a veces lo esencial de la doctrina e incluso el Nuevo Testamento.

Grignión de Montfort llega cuando el movimiento toca casi a su fin. Se sitúa, sin embargo, en la línea de aquellos reformadores católicos que transformaron profundamente la vida cristiana de las parroquias.



Símbolo de este cambio de estilo: la iglesia de Nuestra Señora des Ardiffiers, en Saumur. A donde fue en peregrinación el padre de Montfort, que encontró allí a Juana Delanoue, la «Madre de los Pobres».



El educador de los sacerdotes Juan Jacobo Olier (1608-1657)

El joven Juan Jacobo era un sacerdote «mundano», no muy fervoroso, como tantos de los que frecuentaban los salones selectos de la época. Gustaba de bromear y divertirse. Pero, a los veintiún años -primera conversión- busca a Dios por medio de la oración mística. A los treinta, se lanza tras las huellas de Vicente de Paúl, como predicador de misiones en el campo. Tres años más tarde -1641- se manifiesta su verdadera vocación. El señor Olier recibe a jóve-

nes sacerdotes y aspirantes al sacerdocio en su casa de Vaugirard. Descubre que tiene dones para dedicarse a su formación tanto en el plano teológico como en la profundización de su vida espiritual y en la preparación para su «oficio» de sacerdotes. En 1642, recibe el nombramiento de párroco de la parroquia popular de San Sulpicio, en París. Crea allí una «Escuela de religión para los que tendrán cura de almas». Conoce un éxito rotundo: obispos de todas partes de Francia le

piden «sacerdotes de San Sulpicio» para dirigir sus seminarios. Vale decir la influencia considerable del señor Olier en toda la Iglesia de Francia. Y aún más allá. Pues, junto con el señor de la Dauversiere, creó la Sociedad Nuestra Señora de Montreal, que envió numerosos sacerdotes al Canadá.

Cuando el joven Luis Grignión llega a San Sulpicio, en 1693, la disciplina impuesta por el superior, el señor Tronsón, ha estorpeado algo el empuje original.

La administración en el poder

La organización es algo útil. Incluso indispensable. En una empresa dinámica, al igual que en una sociedad que quiere vivir en paz, se necesita un mínimo de método y planificación para que el trabajo de cada uno sea eficaz; los esfuerzos, rentables; los conflictos, evitados o solucionados. Los reyes de Francia y sus ministros, en el siglo XVII, entendieron muy bien esta necesidad. Trenzaron sobre el país una red administrativa cada vez más cerrada y centralizada. En esta forma, los intendants, en sus «generalidades», tienen poder absoluto sobre la justicia, el reclutamiento de tropas, las obras públicas, las finanzas y, especialmente, el cobro de impuestos.

Igualmente, los obispos de Francia, después de los desastres de las guerras de religión, se preocuparon por tomar nuevamente en sus manos las riendas de sus diócesis. Por tanto, también ellos organizan su trabajo. Se reúnen cada año en sínodo, hacen visitas pastorales, abren seminarios, donde los futuros sacerdotes reciben una formación uniforme, publican catecismos, planifican el trabajo de los misioneros parroquiales, intervienen -en la medida en que el derecho se lo permite- en la vida de los religiosos y, sobre todo, de las religiosas.

También en esta época, Vicente de Paúl empieza a organizar la caridad a gran escala. Sabemos cuán eficaz fue su labor, tanto para la mejora de las condiciones de vida de los pobres como para la educación de las masas ... Fue el pionero de todo lo que recubre hoy la expresión «Asistencia Social».

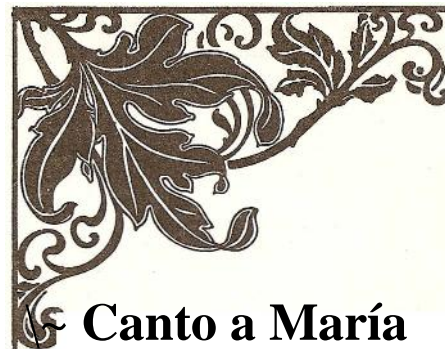
La cruz de la administración es lo pesada que resulta. Con el tiempo, corre el riesgo de transformarse en una carga insostenible y sofocar las nuevas energías. El gran soplo inicial se desbarata al pasar por esta maquinaria, imponente. Entonces, sólo quedan cuadros impersonales, a veces, inhumanos.

La Iglesia del siglo XVII no escapó a este peligro. La Reforma católica, tan viva a principios de siglo, pierde el aliento hacia el año 1700. Un ejemplo

revelador: el seminario de San Sulpicio, en París. Hacia el año 1660, está todavía en plena evolución. Cuarenta años más tarde, el cuadro ha quedado fijado hasta en los mínimos detalles. Juan Bautista Blain, amigo de Luis Grignón, exalta la Regla de este seminario, «que no deja al hombre ningún uso de su libertad» ... Otro hecho significativo: los manuales de catecismo que se publican en esta época no serán renovados ... ¡antes de doscientos años!

En una Iglesia que se inmobiliza así, las personalidades originales se desarrollan difícilmente. Lo sabe Grignón de Montfort, quien practica un cristianismo desinstalado. No siempre escapó a la tentación de imponerse a sí mismo y de imponer a los demás obligaciones superfluas. Pero, al final de su vida, llegó a conciliar bastante bien su libre inspiración con las costumbres más conformistas del clero diocesano.

Cuarenta años después de él, un marginado -San Benito José Labre (1748-1783)- aparece como una especie de profeta. No encontrando su camino en el marco instalado de la vida religiosa, se hará pobre para Dios y morirá en la calle, alegre de haber compartido la humillación de Jesucristo. ¡SU vida recuerda, paradójicamente, a la Iglesia de su tiempo, demasiado estructurada, que el Espíritu de Dios es la Libertad!



Canto a María

El P. de Montfort escribió unos /63 cantos (23.000 versos ...) sobre melodías populares. Estos cantos permitían a la gente recordar y meditar las enseñanzas del misionero.

«Alma, canta, canta y publica a la gloria del Redentor, la bondad sin par de María con su fiel esclavo de amor.

Ella es mi inmenso tesoro, es mi todo al pie de Jesús, es mi honor, mi vida y cariño y el albergue de mi virtud.

Es mi templo, es mi santuario, donde encuentro a mi Redentor, donde imploro con firme acento, donde siempre encuentro favor.

Es mi fuerte y gran ciudadela, do seguro ante el mal estoy; es mi nave, do el mar rugiente sin temores cruzando voy.

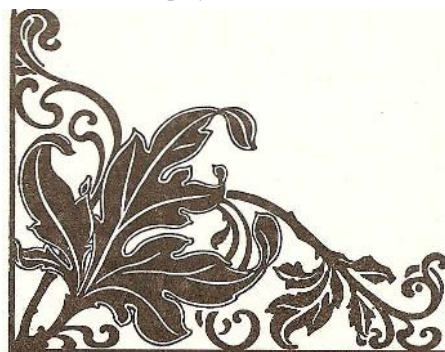
Si subir quiero a Dios, mi Padre, desde el fondo de mi maldad, subo en los brazos de María y apoyándome en su bondad.

Esta buena Madre y Señora protección me brinda doquier, me levanta al punto, si acaso en mis luchas llego a caer.

Por Jesús subo hasta su Padre y jamás vuelvo rechazado, a Jesús por su Madre llego y nunca, nunca soy desechado.

Lo hago todo en Ella y por Ella, que es secreto de santidad, para ser fiel a Dios en todo y hacer siempre su voluntad.

¡Qh cristianos! Suplid, os ruego, mi insondable infidelidad: a Jesús amad y a María en el tiempo y la eternidad.»



Las principales intuiciones del Padre de Montfort

La Sabiduría

Formado por los discípulos del señor Olier, el joven Luis Grignión puso todo su ardor en seguir a Jesucristo. En esta época, la grandeza de Dios Padre inspira, ante todo, temor y respeto a los creyentes. Pues en Él ven a un Soberano bueno, pero terriblemente enojado por el pecado del hombre. Es necesario, por tanto, aplacar su cólera.

Hacia los treinta años, el Padre de Montfort va a descubrir el amor de Dios a los hombres bajo la imagen femenina de la Sabiduría.

Es un amor que se deja ver en la creación:

«Si el poder y la dulzura de la Sabiduría eterna han brillado tanto en la creación, belleza y orden del universo, han fulgurado mucho más en la creación del hombre. Este, en efecto, constituye su obra maestra.»

Se trata de un amor loco, apasionado:

«Esta eterna y regiamente amable belleza tiene deseo tan vivo de la amistad del hombre que para conquistarlo ha escrito un libro (1), manifestando en él sus excelencias y los deseos que tiene de los hombres. Libro que es como una carta de la amante a su amado para ganar su afecto. Los deseos de poseer el corazón del hombre que manifiesta en él son tan apremiantes, la solicitud que revela por ganarse su amistad es tan delicada, sus llamadas y anhelos son tan amorosos, que al ofrla hablar, se dirfa que no es la reina del cielo y de la tierra y que para ser feliz necesita de los hombres.»

Esta Sabiduría eterna es Jesucristo:

«Para acercarse más a los hombres y testificarles su amor aún más sensi-



blemente, la Sabidurfa, eterna llegó hasta encarnarse, hacerse niño y pobre y morir por ellos en la cruz. Desde entonces, lo ama como a un hermano, un amigo, un discípulo, un alumno, el precio de su sangre y el coheredero de su reino; de modo que se le hace una violencia infinita al rehusarle o robarle el corazón de un hombre.»

Ella es toda belleza, encanto y dulzura:

«¡Oh! ¡Cuán bella, dulce y cariñosa es la Sabidurfa encarnada, Jesucristo! ¡Bella en la eternidad por ser el esplendor del Padre, el espejo sin mancha y la imagen de su bondad, más radiante que el sol y más resplandeciente que la misma luz! ¡Bella en el tiempo, por haber sido formada pura, libre de pecado y fulgurante de belleza por el Espfritu Santo, por ha-

ber enamorado durante su peregrinar terrestre la vista y el corazón de los hombres y ser hoy la gloria de los ángeles! Tierna y dulce con los hombres y, especialmente, con los pobres pecadores, a los cuales vino a buscar visiblemente sobre la tierra y sigue buscando todos los dfas de manera invisible.»

Ahora bien, suprema Sabiduría que es locura a los ojos de los hombres, la cima de este misterio es la cruz de Cristo:

«Ciertamente, la verdadera Sabidurfa no se halla en esta tierra ni en el corazón de quienes viven a sus anchas. Reside en la cruz en forma tal que fuera de ésta es imposible hallarla en este mundo. Se ha incorporado y unido a la cruz de tal manera que podemos decir con toda verdad: ¡LA SABIDURIA ES LA CRUZ y LA CRUZ ES LA SABIDURIA!»

El Espíritu Santo

Progresivamente, va descubriendo Montfort el papel del Espíritu Santo y dirigiéndose a Él. Viviendo como está en una Iglesia que se resguarda contra el viento de Pentecostés, se pone a soñar, ingenuamente, en una era nueva, donde los cristianos vuelen sin impedimentos al soplo del Espíritu Santo:

«¡Espfritu Santo! ¿Cuándo vendrá este diluvio de fuego del amor puro, que tú debes encender en toda la tierra, de manera tan suave y vehemente que todas las naciones se inflamarán en él y se convertirán?»

Este nUevO Pentecostés exige de cada cristiano vivir a la escucha del Espíritu Y .. estar atento a su presencia.

(1) «El libro de la Sabiduria».

Recibirá de El tanto más luz y «sabor» cuanto más unido esté a María, la Madre de Jesús, llamada Esposa del Espíritu Santo.

«Cuando el Espfritu Santo, su Esposo, la encuentra en un alma, vuela y entra en esa alma en plenitud y se le comunica tanto» más abundantemente cuanto más sitio hace el alma a su Esposa.»

«Por el/o, cuanto más encuentra a Marfa, su querida e indisoluble Esposa, en un alma, tanto más poderoso y dinámico se muestra el Espíritu Santo para producir a Jesucristo en esa alma ya ésta en Jesucristo.»

Al igual que muchos reformadores, Grignión de Montfort siente la nostalgia de un retorno a la Iglesia primitiva tal como la describen los «Hechos de los Apóstoles». y llega a intuir que, en un futuro desconocido, la Iglesia penetrará mejor en el «torbellino» del Espíritu Santo.

La Iglesia

En este campo, la praxis de Grignión de Montfort no coincide del todo con sus ideas. Como los cristianos de su tiempo, se representa a la Iglesia a modo de una pirámide: arriba, el Papa, representante de Cristo; luego, lds obispos y sacerdotes, y totalmente abajo, los seglares. Por cierto, Montfort es consecuente con esta

Imagén.

Para él, el obispo -incluso el que le arroja de su diócesis- sigue siendo el sucesor de los Apóstoles. Montfort quiere estar -él y sus discípulos- en total dependencia de la cabeza de la diócesis, especialmente en el plano económico: lo que constituía entonces una pequeña revolución.

Busca, por otra parte, colaborar con sus hermanos sacerdotes. Pero su aparente falta de dinamismo le hace sufrir. A menudo se mostrará severo con ellos. Exigirá de sus discípulos una gran libertad en cuanto al dinero, la carrera... y rehusará a toda persona «instalada».

Per,o la mayor originalidad de Montfort se halla en su sentido del Pueblo de Dios.

En efecto, procuró siempre que los cristianos a quienes evangelizaba -in-

cluso los más humildes- llegaran a ser elementos activos: invita a los pobres de Poitiers a mejorar por sí mismos sus condiciones de vida material y espiritual. En cuanto a los feligreses, la misión es cosa suya: Montfort se amolda a sus horarios y confía en su hospitalidad, no disponiendo más que de sus donativos para vivir. Más aún: les impulsa a la acción: a construir un calvario o restaurar una ermita, a participar en las asociaciones y cofradías, que mantendrán el fervor después de

Luis Marla Grignión de Montfort es conocido en el mundo entero como autor del "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen": título dado a su obra, cuando descubrieron

la misión. Así, el Calvario de Pontcha-teau fue obra de toda una región. No es de extrañar el que, a pesar de haber sido destruido, se haya convertido en un lugar de peregrinación muy querido.

La confianza de Montfort en el Pueblo de Dios descansa, a la vez, en una inclinación natural (desde su juventud gustó siempre de la compañía de los humildes) y en una convicción: el Espíritu Santo obra en cada uno de los bautizados, es la savia de la Iglesia.

to tiempo." "El oficio de la Santísima Virgen es conducimos con toda seguridad a Jesucristo, así como el de Este es llevamos al Padre eterno, con toda seguridad."

• Por ser Madre de Jesús, María es

María, eco de Dios

el manuscrito en un baúl, después de los disturbios de la Revolución francesa, es decir, más de cien años después de la muerte del autor.

Esta obra aparece, a primera vista, muy alejada de los conceptos actuales. Tanto por el estilo como por la teología. Sin embargo, sigue despertando interés, y no solamente entre quienes rumian la nostalgia de la Iglesia de ayer. Porque, bajo expresiones ya superadas, aparecen intuiciones fuertes y perdurables, fruto de la experiencia personal y misionera del autor.

• María es la más bella creatura de Dios, su tesoro, su "Paraíso". "Dios Padre creó un depósito de todas las aguas y lo llamó mar. Creó un depósito de todas las gracias y lo llamó MARIA."

• Ella es totalmente transparente a Dios: "María es toda relativa a Dios. Y yo me atrevo a llamarla "el eco de Dios", ya que no dice ni repite sino Dios. Cuando la alabamos, amamos, honramos y nos consagramos a Ella, alabamos, amamos, honramos y nos consagramos a Dios por Marfa y en Marfa".

• Lejos de estorbar la marcha hacia Cristo, María constituye una ayuda preciosa: "La devoción a Marfa es un camino fácil, corto, perfecto y seguro para llegar a la unión con Jesucristo." "Esta devoción da a quienes la practican fielmente una gran libertad interior: la libertad de los hijos de Dios ... El hombre obediente y sumiso a Marfa avanzará a pasos agigantados hacia Jesucristo por el mismo camino por el que está escrito que Jesús vino a nosotros a pasos de gigante y en cor-

también Madre de todos los que su Hijo ha liberado: "Si Jesucristo, Cabeza de la humanidad, ha nacido de Ella, los predestinados, que son los miembros de esta Cabeza, deben también, por consecuencia necesaria, nacer de Ella. Ninguna Madre da a luz la cabeza sin los miembros ni los miembros sin la cabeza."

• Por ello, es educadora no sólo de la vida espiritual, sino también de la vida misionera: "Cuanto más te granjees la benevolencia de esta Princesa y Virgen fiel, tanto más reciamente se cimentará toda tu vida en la fe verdadera. Una fe pura, que hará que no te preocupes por lo sensible y extraordinario. Una fe viva y animada por la caridad... Una fe firme e inmovible ... en medio de las tormentas. Una fe penetrante y eficaz, que -como misteriosa llave maestra- te permitirá entrar en todos los misterios de Jesucristo y en el corazón del mismo Dios.

Una fe intrépida, que te llevará a emprender grandes empresas' por Dios y por la salvación de las almas. Una fe que será tu antorcha encendida ... de la cual te servirás para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte, para iluminar a los tibios, para conmover y convertir los corazones de mármol y los cedros del Líbano ... "

En plena celebración del Concilio Vaticano 11, Pablo VI proclamó a María "Madre de la Iglesia». Doscientos cincuenta años antes, Grignión de Montfort la habla intuido y experimentado personalmente como tal.